

FRANCISCO AYALA: XCV AÑOS

La recién reeditada 'El Jardín de las delicias' es sin duda una de las obras clave de la producción ayaliana, cumbre y cifra de una vida consagrada a la literatura. A continuación se reproduce el capítulo titulado 'Postrimerías', acompañado de un ensayo de interpretación

CREPÚSCULO EN LOS JARDINES DE SEVILLA

CAROLYN RICHMOND

■ *Postrimerías*. Séptima en la hilera astral de textos que integran la galaxia poética de la segunda parte de *El jardín de las delicias*, esta breve y conmovedora meditación lírica acerca del amor-caridad y de la fugacidad del tiempo sirve también de pórtico a aquella gran constelación de amores de la edad madura —la última treintena de piezas de *Días felices*— con que corona Francisco Ayala su larga y variada obra literaria. Ubicada en una Sevilla casi paradisiaca —un patio “delicioso”, “un vivero de plantas y pájaros”, los jardines del Alcázar, el parque...—, lleva como título el del estremecedor recordatorio pictórico de Valdés Leal (*Memento, homo* —dijo Dios a Adán—, *quis pulvis es et in pulverem reverteris*) que el narrador, en unión de su compañera, acababa de contemplar en el Hospital de la Caridad para pasar después, como contrapartida de la antes aludida representación de las consecuencias del pecado original, al lienzo de *Santa Isabel de Hungría* de Murillo, ilustración a su vez de dicha virtud teológica y acto de misericordia cuyo nombre ostenta todavía el antiguo convento sevillano.

Felicidad efímera

Tanto esta última imagen, pintada expresamente para uno de los altares laterales de la iglesia —sobre el otro se encuentra *La caridad de San Juan de Dios*, también de Murillo—, como la del *Finis gloriae mundi* de Valdés Leal, uno de los dos *Jeroglíficos de nuestras postrimerías* encargados asimismo a él para el templo, ejemplifican y anticipan dos temas recalcados en el epílogo de *El jardín de las delicias* —el de la “fugacidad de la vida” y el de la “felicidad (...) efímera” del amor—, introducidos en esta pieza y desarrollados por nuestro autor a lo largo de las siguientes. Al mismo tiempo remiten estos motivos —la brevedad de la vida y el triunfo del amor-caridad—, consecuencia inmediata del pecado original, a otros dos textos ayalianos de ambiente andaluz con los que había puesto fin e iniciado, respectivamente, el volumen *Los usurpadores* (1948): *El abrazo*, historia donde la muerte se manifiesta en el fratricidio, y *San Juan de Dios*, evocación del poder redentor del amor sobre el odio entre hermanos y hasta sobre la muerte misma.

Encierra *Postrimerías*, pues, el núcleo del pensamiento ayaliano, que se ilustra mediante el ficticio recuerdo de una tarde de felicidad de la pareja tras su visita al museo: “un día largo, lento, caluroso, feliz” de vacaciones cuya acción principal tendrá lugar —simbólicamente— “a la caída de la tarde”, cuando, el corazón rebosado “de un cariño excesivo”, terminan por fin sentados “bajo las frondas del parque”. En el



FRANCISCO AYALA: EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

Postrimerías

Por la mañana habíamos ido a visitar el Hospital de la Caridad. Admiramos allí debidamente el cuadro famoso de las *Postrimerías*; y yo, que me había abstenido de explicarlo o comentarlo, no resistí el deseo de citar entredientes unos versos del doctor Mira de Amescua: “Tumba de huesos cubierta/ con un paño de brocado”. Después, pasando de Valdés, el rétrico, al dulce Murillo, nos pusimos a contemplar la *Santa Isabel de Hungría* que, con sus manos de reina, cura a los leprosos. Luego, saliendo, el patio del hospital: una delicia. (¿Verdad que es delicioso? ¡Es delicioso!) Y enfrente, al otro lado de la calle, un vivero de plantas y pájaros...

Otro día más; un día largo, lento, caluroso, feliz.

Tras de la siesta, a la caída de la tarde, empezó a refrescar algo. Andábamos paseando por el parque, y nos sentíamos cansados, bastante cansados. Las vacaciones, con tanta felicidad como aquellos días únicos nos deparaban, fatigan demasiado. Estábamos colmados, y todo alrededor nuestro, los jardines del Alcázar, los naranjos, aquel cielo tan azul, la ciudad entera, todo nos hacía rebosar el corazón de un cariño excesivo. Había oscurecido, y seguíamos paseando por el parque. No tuvimos ganas de volver al hotel para la cena. En vez de cenar en serio, nos acomodamos junto a una mesilla de mármol bajo aquella arboleda, y pedimos helados de avellana con galletitas, unas galletitas muy finas, decididos a continuar hasta quién sabe qué hora agradablemente instalados allí bajo las frondas del parque, ya anochecido. Sin que se notara, habían desaparecido los grupos de niños con sus niñeras, las familias, y apenas quedaban algunas parejas calladas como nosotros. A la distancia, junto al quiosco, las chaquetillas blancas de los camareros, charlando en voz baja.

Nosotros disfrutábamos de nuestro silencio; nos mirábamos de vez en cuando en la oscuridad, y nos sonreíamos en la oscuridad.

—Mira fijate —dijo ella de pronto—; qué raro, cómo le brillan los ojos a aquel perro.

—Sí, a los animales les brillan mucho los ojos por la noche. Recuerdo que una vez...

—Pero, ay, fijate, ese pobrecito está cojo. ¿No ves cómo anda?

—Se hace el cojo. A los perros, tú sabes, les da a veces por hacerse el cojo. En cojera de perro...

—No; no lo creo; creo que no; ése es cojo de veras.

—Ya te convencerás de que no; ahí se acerca.

Se nos acercó poco a poco. Era cojo, tenía una pata quebrada. Y ahora, ya estaba ahí, al lado nuestro.

—Toma, pobrecito —le dijo ella, dándole un bizcocho—. ¿Qué es lo que te ha pasado a ti, pobrecito?

El animal le miró con sus ojos vidriados, y ella le puso la mano sobre la cabeza.

—No, no —protesté yo—. No, querida. ¿No comprendes que ese bicho está tiñoso?

—Pobrecito. Déjalo que sienta un poco de cariño.

Y su mano acarició la cabeza que el perro alzaba con avidez entornando los ojos agradecidos. Lo que brillaba ahora en la oscuridad era el diamante del anillo en su mano; brillaba —pensé yo— como una lágrima viva caída en una magnolia. Lo pensé, pero —claro está— no se lo dije: se hubiera reído y me hubiera llamado tonto.

Bajo su caricia, el perro quería acercarse más y más el hocico húmedo.

—Pero, por Dios ¿no te das cuenta de que va a mancharte? ¿No ves que está muy sucio? —insistí con cierta impaciencia.

—Pobrecito, pobrecito —repetía ella—. Déjalo un poco. Mira cómo le gusta que alguien lo acaricie.

—Sí, pero luego...

—Eso es verdad —reconoció ella, entristecida—; eso es verdad, luego...

Conseguí alejar al perro. Y después, ya no tardamos mucho en regresar al hotel.

Señor ¡qué días tan felices! Pero luego...

Esta breve y conmovedora meditación lírica acerca del amor-caridad y de la fugacidad del tiempo sirve también de pórtico a aquella gran constelación de amores de la edad madura con que Ayala corona su larga y variada obra literaria

silencio y penumbra del anochecer se les acerca un perro cojo al que, cual hiciera la Santa húngara a los leprosos, atiende la mujer, y cuya cabeza, pese a las admoniciones del narrador, acaricia. Cortado con este episodio aquel estado de felicidad armónica entre los dos, logra convencerla el narrador de que desista con la advertencia de “pero luego...”, palabras con que, a modo de estribillo y con una invocación al Ser Supremo, dará fin pocas líneas después a su narración: “Señor ¡qué días tan felices! Pero luego...”.

La inevitable muerte

“Pero luego...” El tiempo que corre, lo incógnito del porvenir, la inevitable muerte... Adán y Eva se encuentran de nuevo a las puertas del Edén, con el reconocimiento de su propia mortalidad. Efímera es la vida; infinita la eternidad. Todo esto lo da a entender un narrador en realidad más testigo que participante en su propia relación: un observador contemplativo, hasta cierto punto distanciado, cuya silenciosa soledad, aún en compañía —todavía otra consecuencia del pecado original— resuena a lo largo de la pieza, la cual —irónicamente— llegará a constituir en sí la única defensa posible del ser humano contra el inevitable avance del tiempo. *Ars longa, vita brevis*, tema al que vuelve más adelante el autor en su epílogo a *El jardín de las delicias*, encuentra en *Postrimerías* una ilustración cabal: pasa el día, pasarán los años (ese repetido “luego...”), pero quedará plasmada para futuras generaciones, mediante la invención literaria, toda la intensidad de la sensación —del impulso poético— de aquel momento, delicioso, de felicidad fugaz.

Símbolo de esa misteriosa y estremecedora belleza, capaz de salvar a los seres humanos —si así lo permiten— de las sombrías consecuencias del pecado original, es un brillo en la oscuridad: “El diamante del anillo en su mano” que brillaba “como una lágrima viva caída en una magnolia” en *Postrimerías*, lejano eco de la sortija que “brillaba” en la delicada mano del maestro don Fadrique, hermanastro del rey don Pedro, en *El abrazo*; de la “crucecita de oro (que) relucía” sobre el pecho de doña Elvira, atendida en la hora de la muerte por los hermanos Amor en *San Juan de Dios*; o bien del “brillo de lágrimas insinuado en una pupila” al final del elegíaco *Diálogo de los muertos*, texto con que pone fin Ayala a *Los usurpadores*. De modo parecido, en la cabecera del firmamento que constituye la segunda parte de *El jardín de las delicias*, obra estelar de nuestro autor, brilla con esplendorosa perfección *Postrimerías*: el canto de Ayala a Sevilla.

Carolyn Richmond es Catedrática de Literatura Española en el Brooklyn College, Univ. of New York.